



Los pintores y la Guerra de la Independencia

Por RAMON REIG

De entre los recuerdos de la infancia que no se me han borrado con el tiempo y que tengo muy presente, es la presencia, en muchas de las casas que frecuentaba, de unas oleografías que se repetían invariablemente y que giraban alrededor de media docena de temas históricos: *El testamento de Isabel la Católica* por Rosales, *La rendición de Granada* y *Doña Juana la Loca*, ambas, obras de Francisco Pradilla.

Completaba la serie *La campana de Huesca* de Casado del Alisal, *La conversión del Duque de Gandía* y *Los amantes de Teruel*.

Si de grabados se trataba, topábamos indefectiblemente con *El Espoliarium* del filipino Luna Novicio aparejado con los *Últimos días de Numancia*.

Estas pinturas eran típicamente representativas de la llamada "pintura de historia" que tuvo su momento y que ha sido discutidísima. No nos interesa ni es

nuestro propósito en este momento el aquilatar sus valores. Constatamos únicamente un hecho.

Lo que sí diremos que, dentro de la modalidad, destacan muchísimos aciertos y que por su indudable calidad, algunas de dichas pinturas figurarán siempre dentro nuestro historial artístico en el lugar destacado que merecen. Un *Testamento de Isabel la Católica* o *La muerte de Lucrecia* del gran Rosales, al igual que la *Batalla de Tetuán* del extraordinario Fortuny, no podrán nunca ser omitidos ni pasados por alto. Y así podríamos continuar señalando otros ejemplos.

El romanticismo de la época se prestaba a recoger todas aquellas gestas de una sugestión innegable. Si surgió una pintura con una intención de ejercer una función social—recordemos a Millet, en Francia y a Sorolla entre los nuestros con su *Triste herencia*, *Aún dicen que el pescado es caro*, *Trata de blancas*

o *El pescador herido* — es lógico que apareciera el cronista plástico de nuestra historia y de nuestras leyendas. Y como la anécdota debía ambientarse, y situarse en el escenario correspondiente, el pintor se documenta y se transforma a su manera en un erudito. Al fin y al cabo, el investigar y ajustar los detalles a la realidad para lograr el mayor verismo era otra manera de bucear en la historia.

El pintor dedicado a esta modalidad, no solamente debía estar sólidamente preparado en figura, por estar en plan de protagonista; debía conocer y conocer, los diferentes estilos arquitectónicos así como estar perfectamente documentado en vestuario y en artes industriales y menores.

El siglo XIX no tiene la exclusividad sobre el tema de historia; tenemos antecedentes. Ha interesado siempre. ¿Ejemplos? *Las Lanzas*, de Velázquez; el retablo de las Clarisas de Carmona debido a Valdés Leal o la pintura de Eugenio Caxés titulada *La expulsión de los ingleses de la bahía de Cádiz*. Rubens llegó a pintar series enteras. Rafael amalgama lo heroico con lo religioso en las galerías Vaticanas y un Salvator Rosa, desarrolla su ingenio en la plasmación de encarnizadas batallas. Y así podríamos continuar.

Nuestro pasado inspiró a nuestros artistas los cuales eligieron no solamente aquellos pasajes bélicos propios para ensalzar cierta gesta o algún héroe. Antonio Caba alcanza una medalla con su *Mercadera*, la heroína, natural de Perelada, que lucha con un caballero francés y lo vence cuando la villa es sitiada por las tropas de Felipe el Atrevido, el cual se emociona ante el valor de hechos menores que tienen su grandeza — un ejemplo lo tenemos en la gran tela de Casanovas y Estorach que figura en el Museo de Arte Moderno de Barcelona y que lleva por título *San Fernando sirviendo la comida a los pobres* — pudiendo tanto ensalzar una epopeya como al revés, dejar al descubierto todas las miserias que acarrea una guerra.

Y dejamos estos comentarios iniciales para entrar a lo que se refiere el título con que encabezamos este artículo.

Nuestra Guerra de la Independencia da de sí para surtir con abundancia la pintura de historia de temas y más temas. Episodios sueltos: grandes batallas, innumerables sitios: todo se presta a ser plasmado. Heroicidades, resistencias gloriosas, muestras de valor personal, todo se presta, todo invita al comentario plástico. No es pues de extrañar que podamos servir una abundante muestra de pinturas realizadas bajo este lema y, por lo tanto, una extensa relación de autores.

El primer cronista fue, sin duda, el genial Goya. Don Francisco vivió la guerra muy de cerca. Y sintió todos sus horrores. Lo que más le impresionó fueron sus desastres y así rotula la serie de grabados de este nombre. Si descartamos el ataque a los mamelucos donde se pone de manifiesto la hombría del pueblo madrileño, lo restante, son estampas donde campea el horror, la tragedia y la brutalidad, culminadas en *Los fusilamientos en la Moncloa* que según parece, pudo ver, tomando apuntes del natural de las víctimas inmoladas.

El criado de Goya, al preguntarle a su amo para qué pintaba tan tremebunda escena, recibió la siguiente

contestación: "Para tener el gusto de decir eternamente a los hombres que no sean bárbaros". En el fondo, la intención era parecida a la que preside gran parte de los "caprichos", intención aleccionadora. Si en la *Tauromaquia*, ensalza el valor personal de los lidiadores y su habilidad en la realización de ciertos lances, cuando de la guerra se trata lo ve todo en negro, sin la menor concesión.

¿Motivos para que se expresara en esta forma? ¿No podría ser su falta de fe en la monarquía reinante y la amargura de ver fracasar las esperanzas puestas en unas ideas, cuyos introductores, en lugar de repetir las, usaban de violencias y maneras completamente distintas del proceder imaginado por el genial sordo?

Entre los pintores que siguen tratando el tema destacaremos seguidamente a Casado del Alisal. Su *Batalla de Bailén* es bien conocida. Composición equilibrada, tranquila, en ella vemos el momento en que el general Dupont se rinde al general Castaños. Puede que, de lejos, esté inspirado en la *Rendición de Breda*. La nota dramática y sangrienta está ausente. Apenas un herido, con la cabeza vendada, nos recuerda la sangrienta jornada.

Por el contrario, de una gran movilidad y grandilocuencia resultan las telas que tienen por protagonistas a los heroicos Daoiz y Velarde. El gran Sorolla presentó en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1884 su primera obra que le abre el camino de los triunfos que irá consiguiendo a lo largo de su carrera: *El dos de Mayo*, premiado con medalla de segunda clase. De una ejecución que demostraba claramente su categoría estaba, según nos dice el docto Aureliano de Beruete: "Pintado con el brío y la fogosidad de los veinte años: lleno de vida, de movimiento, de luz y color; inspirado en un hecho que conmovió las fibras del artista, enamorado de lo épico y legendario, reveló por completo esta obra las cualidades raras de su autor".

Por cierto que establece una novedad al trabajar al aire libre y a pleno sol, utilizando los corrales de la plaza de toros de Valencia donde quemó gran cantidad de pólvora para lograr la veracidad necesaria. Rompió, pues, moldes al salirse del trabajo de taller tal como se acostumbraba. A Manuel Castellano, especialista en escenas de toros, le atrajo asimismo el grito patriótico dado desde el Parque de Artillería.

Quien mejor enraiga con lo goyesco puede sea Palmaroli con su *Tres de Mayo*, patético, dramático, premiado con medalla de oro y de buena calidad pictórica. Eugenio Lucas, en su *Sitio de Zaragoza*, que tiene algo de boceto, no se olvida tampoco del genial aragonés aunque sea en lo externo.

Gestas de tipo anecdótico muy particulares, no caen en el olvido. Así, el famoso Malasaña y su hija son recordados por Eugenio Álvarez Dumont, siendo Agustina Zaragoza, la famosa heroína, protagonista de numerosas telas.

Dos ciudades se inmortalizan con sus famosos sitios. Zaragoza y Gerona. Giménez Nicanor y Álvarez Dumont, entre otros, se distinguen en ensalzar el tesón y el patriotismo de los aragoneses. La resistencia heroica de Gerona es narrada por Martí y Alsina quien

(Termina en la página 90)

Los pintores y la Guerra de la Independencia

(Llene de la página 88)

realizó varios bocetos además de las obras definitivas. En ellas tiene muy en cuenta la presencia del elemento femenino pero no en plan estático, ni hospitalario; ensalza su decisión, a la mujer capaz de llegarse hasta la primera línea y mezclarse con los soldados — recordaría a la famosa Compañía de Santa Bárbara — mostrándose valerosa y a la altura de las fuerzas de choque. Si Martí y Alsina vierte su elocuencia narrativa, fogoso, grandilocuente y dinámico, por contra, Barrau, en su *Capitulación de Gerona* nos habla con un lenguaje nada aparatoso, sosegado, con pesadumbre, pintura en la cual, el ambiente, supera lo descriptivo.

A manera de epílogo de la defensa de Gerona vienen los cuadros que tratan de la muerte de su famoso defensor, el general Álvarez de Castro. Su óbito debió conmover por las circunstancias que en ella concurrieron y como un resposo, nacieron dos telas conocidísimas, *El pueblo de Figueras ante el cadáver del general Álvarez de Castro*, debida a Tomás Muñoz Lu-

cena y la de Vicente Nicolás Cutanda titulada *La muerte del general Álvarez de Castro*. En ambas impera un quietismo y un sereno equilibrio. Las dos están lejos de toda espectacularidad.

Y así podríamos continuar dando datos y más datos, pero lo creemos inadecuado en un artículo de pura divulgación.

Valdría la pena de ampliar el tema referente a pintura y extenderlo al grabado y a la ilustración. Son muchos los dibujos y grabados publicados sobre el tema de la guerra de la Independencia. Lo intentaremos en otra ocasión.

Y también entendemos sería interesante el recopilar los retratos de los personajes destacados que intervinieron en la historia de este período.

Abundan los de gran calidad pintados por los grandes maestros. Su valor iconográfico resultaría inestimable. Y no recordamos que esta selección haya sido realizada. Otro tema a divulgar.

Concurso Pedagógico sobre los Sitios de Gerona

La Delegación Provincial del Servicio Español del Magisterio, con el patrocinio de la Junta Conmemorativa del CL aniversario de los Sitios de 1808 y 1809, convoca un concurso pedagógico, con diez mil pesetas en premios.

Los concursantes serán clasificados en dos grupos: todos cuantos ejercen la profesión del Magisterio, tanto oficial como privada, en la provincia de Gerona; y todos los estudiantes matriculados en alguna de las Escuelas del Magisterio de Gerona.

Deberán presentarse debidamente preparadas las siguientes lecciones conmemorativas: "Los Sitios de Gerona", "El defensor de los Sitios", y "La ciudad de Gerona en 1808 y 1809".

TESELA ARQUEOLOGICA

De Hostalrich han sido recogidos restos ibéricos y romanos de las vertientes del montículo donde se asientan las ruinas del castillo de aquella villa, lo que identifica la existencia de un yacimiento de la citada época en aquel lugar.

Igualmente ha ocurrido en Besalú, detrás los ábsides de la iglesia de la ex-colegiata de Santa María, Monumento Nacional.

En Vallveralla, término de Ventalló, ha sido descubierta una estación ibérica que ha proporcionado restos cerámicos campanienses del siglo III antes de J.C. y un as ibero-romano de la misma época.

En Sarriá de Ter, próximo a la carretera y al Puente del Caudillo, fué estudiado un enterramiento en tegula, recogiendo el éranco para estudios antropológicos y fragmentos de cerámica de la época.

Pertencientes a la época romana deben citarse varias estaciones, entre las cuales figura un horno cerámico en Vallveralla, donde han sido recogidos ejemplares de tegula romana y otros materiales cerámicos, consistentes en fragmentos de ánfora y vasos comunes.

El «Día de les Ermites»

Volvió a instaurarse la antiquísima tradición, que al parecer se remonta a los tiempos de la Marca, denominada "Día de les Ermites", en la cual la población de Planolas acogía a todo forastero que pasara por el pueblo y sin preguntarle ni a dónde iba ni de dónde venía, ni quién era, le daban albergue y de comer. En la plaza del Ayuntamiento se instalaron fogones y se repartió comida a los transeúntes. Se consumieron cuatrocientas docenas de huevos.

También fué bendecido e inaugurado el llamado "Refugio Claver", un edificio típico de la vertiente pirenaica, en piedras grises, con capacidad para ochenta personas.